



LA SABIA NATURALEZA

Don Braulio Carcamancas, uno de los mejores ventrílocuos del barrio de Moratalaz, de cinco años de edad recién cumplidos, nos ha recibido esta mañana en su cuarto de baño —pasado por agua—, a la hora de costumbre.

De ojos claros, serenos, vigilantes, guardas jurado, de mirada oblicua y con zapatos de tafilete empanados, bajándose del caballo, ha contestado a nuestras preguntas:

—¿Cómo se llama usted?

—Lorenzo —nos ha dicho don Braulio, volviéndose a subir al camello.

—¿A qué hora lo suele usted hacer? —hemos insistido. Y él, sin pronunciar palabra, nos ha contestado:

—Tengo todos los dientes guardados en una sombrera, por temor a los curiosos. Mi padre todavía no vive, pero es lo mismo. Arrieritos somos. Las cosas claras.

Al oír esto nos hemos enjugado a la lotería unas lágrimas de cocodrilo y las hemos perdido. Y don Aurelio, con aire sospechoso, se quita la camisa y, sin apearse del burro, nos canta una de sus últimas canciones:

Y e ni gen,	Y e ni gen.
y e ni gen.	Que mi padre no quiere,
No vayas, niña,	ni yo tampoco.
más a la fuente.	Y e ni gen.

Al oír esto hemos comprendido su actitud, su odio hacia la Humanidad grosera que oprime al desvalido y compecede al delincuente. ¡Ay de vosotros, pobres gusanos de seda, ante este genio portugués!

Don Bruno abre uno de los grandes ventanales que lleva bordados en la chaqueta de punto y que dan mirada a la huerta; nos mira de soslayo, tose, se agrupa, rezonga, musita una oración nipona, encoge los hombros, se fuma un puro, se bate bien batido, se mete al horno, se sirve en rodajas adornadas con cabello de ángel. Nos vuelve a mirar y, arrojándose al vacío (que momentos antes estaba lleno), grita por el aire:

—¡Qué sabia es la Naturaleza!

Nunca olvidaremos a don Alberto.

Nihil obstat Imprimatur
TIP y COLL



CON toda esta murga del mundo «camp» y los años cuarenta, la cosa empieza a oler específicamente algo así como a colonia Tabú. Todo ha pasado: el piojo verde, Zarra, el boniato, la tracoma, los cantos encendidos a la raza, la ración de aceite, Daoiz y Velarde, las medias con costuras, Viriato, el ser apóstol o mártir acaso, incluso la colonia Tabú ha pasado. Sin embargo, el tabú sin colonia permanece. Se ve que es lo nuestro. Y no hay forma.

Uno no se mete en política vertical. Y en su modestia, cuando quiere hacer política horizontal orgánica se va a la cama, solo o cor-



ELOGIO DEL BONIATO

tado. Pero tampoco hay que ser tan listo como para desconocer que todos estos violines nostálgicos de antaño, la voz de caramelo menta de nuestro tío Machín y las viejas faraonas del canto autárquico que vienen a relucir ahora en la música y en la televisión sirven de acompañamiento sintonizado a otra clase de cartilla de racionamiento. ¿Me explico? No. Bueno, da igual.

Lo que digo es que en estos revivales de los años cuarenta existe un gran olvido: el boniato, precisamente el elemento más espiritual de aquella época. Este es, pues, un elogio del boniato por si

sirve a alguna promotora-marketing de turismo.

Estéticamente, el boniato no es mejor ni peor que ciertas esculturas, por ejemplo, el monumento al cabrero, o a la madre del emigrante gallego, o al pescador de erizos de bajura. Con la ventaja de que en plástico es más moderno, está más en la línea de la Bienal de Venecia. A Henry Moore le pagan muchos duros por algo parecido. Tiene formas constantes y masas fluctuantes, como diría un crítico de gafas sin montura; es sintético-dramático, como diría otro con barba y moreno por dentro. Y así muchos que comen platos de caliente debido a la estética.



Pero la fuerza del boniato no reside en la estética, sino en la sociología. En los años cuarenta fue un alimento-totem que salvó de perecer a todos los villanos e incluso a algún burgués de bigote imperialista. Si todo el boniato que el descendiente de Isabel la Católica se ha pasado por el esófago en los años cuarenta se amontonara hoy en Mallorca, el sol no saldría hasta las dos de la tarde, cuando los turistas están tomando paella con sangría.

Esta es sólo una idea para lanzar un folleto ilustrado.

MANUEL VICENT